

CANTO XV

Hallan los Poetas, caminando ya por la arenosa llanura, una porción de violentos contra la naturaleza. Uno de ellos, que es Bruneto Latino, habiendo reconocido á DANTE, su antiguo discípulo, se le acerca y le ruega que ande en su compañía por un rato para tener el gusto de gozar de su conversación. El Poeta oye de su labio la futura ingratitud de sus conciudadanos, los daños que le aguardan, y por fin los nombres de varias personas condenadas por el feo vicio.

Íbamos ya por la una margen dura
del arroyo, y la niebla suya humeante
del fuego el agua y bordes asegura.

Como los diques que entre Bruja y Gante
dan los flamencos á la mar violenta,
por alejar su furia amenazante,

ó cual los que á lo largo alza del Brenta,
el padovés, por defender sus muros,
antes que Clarentana¹ el calor sienta;

éstos. así cual ellos, labró duros
la mano del fautor, quienquier que fuera,
tan elevados no, sí tan seguros.

El bosque, en tanto, de nosotros era
tan lejos ya, que á verle no llegara,
aunque el rostro, por verle, allá volviera;

Cuando hallamos, viniéndonos de cara,
de ánimas un tropel, en larga fila,
y cada sombra en nos la vista para,

cual nos solemos ver á la tranquila
luz de naciente luna, ó cual ve atento,
viejo alfayate que la aguja enhila.

Y registrado así por almas ciento,
de una fuí conocido, que del traje
me detuvo, exclamando:—*¡Qué portento!*

Y yo, primero que él sus manos baje²,
la vista puse en su semblante prieto,
sin que del fuego el horroroso ultraje

conocer me impidiera á tal sujeto;
é inclinado á su faz que casi toco;
—*¡Aquí estáis vos (le dije) ñor Bruneto?*³—

Y él:—Hijo mío, tu paciencia invoco,
si Bruneto Latín vuelve contigo,
pasar dejando atrás su escuadra un poco.—

Y respondí:—Tu mismo anhelo abrigo,
y aun sentarnos podemos, si te agrada,
y aquel lo quiere cuya regla sigo.—

—Hijo (exclamó), por detenerse un nada
toda alma de esta grey, después cien años
inmóvil bajo el fuego es azotada.

Ve, pues: yo asido seguiré á tus paños,
y luego á mi manada iréme aprisa
que va llorando sus eternos daños.—

Yo quería irle á par: mas indecisa
la planta en descender, el rostro inclino,
yendo cual hombre en actitud sumisa.

Y él empezó:—¿Qué suerte ó qué destino
á venir aquí vivo te sujeta?
¿Y éste quién es que te enseñó el camino?—

—Allá en la vida (respondíle) quieta,
descarriado me vi por selva umbría
antes de que mi edad fuese completa⁴.

La espalda ayer mañana ya volvía,
cuando éste vino á reponerme en ella,
y á volverme al hogar por esta vía.—

Y él:—Si te sigue (prosiguió) tu estrella,
saldrás sin duda con victoria al puerto,
si aguré bien, cuando en la vida bella.

Y del cielo el favor viéndote abierto,
animado te habría al fin glorioso,
si ya no hubiera por entonces muerto.

Mas aquel pueblo ingrato y malicioso
que descende de Fiésolo en lo antigo,
y aun guarda de lo agreste y peñascoso⁵,

por tu hacer bueno se te hará enemigo;
y es propio así; que entre ínfima retama,
no se forma y madura dulce el higo.

Ciegos de antiguo el mundo ya los llama⁶,
gente envidiosa, sórdida, superba:
de sus usos te limpia y torpe fama.

Pues tanto honor fortuna te reserva,
que hambre de ti tendrán negros y blancos,
de su boca apartada esté la hierba;

y hagan pasto los brutos fiesolancos
de sí mismos, y en paz dejen la planta,
si aun se produce alguna en sus barrancos.

Renazca de ella la semilla santa
que quedó de romanos⁷ cuando en nido
fué convertida de malicia tanta.—

—Si á mis ruegos el cielo hubiera sido
propicio (respondíle), todavía
no habríais de la tierra descendido.

Que aun conservan el pecho y mente mía
vuestra bondosa y paternal semblanza,
como cuando enseñábaisme algún día

de qué modo eternal vivir se alcanza;
por cuyo bien, mientras me encuentre vivo,
se deshará mi lengua en alabanza.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
y guardo á una mujer, con otro testo⁸
que ha de glosarme, si á su vista arribo.

Sólo que os sea quiero manifiesto
que si mis actos la conciencia aprueba,
al vaivén de fortuna estoy dispuesto.

Ya ese anuncio escuché: mas ella mueva
su rueda á su placer; y su ganado
siga el pastor, y el labrador su esteva.—

Volvióse entonces al derecho lado
mi guía, y me miró luego diciendo:
—El que notas tomó, bien ha escuchado.—

No por eso dejé de ir discurriendo
con ñor Bruneto; y de lo más famoso
que yace allí con él, fuíle inquiriendo.

Y él:—Que sepas de alguno es provechoso,
si á los más el olvido mejor cabe;
que el tiempo es breve, y el asunto odioso⁹.

En suma, que estos fueron gente grave,
nutrida en aulas, de instrucción preclara,
y á un mismo vicio esclavizados, sabe.

Prisciano¹⁰ va con la infeliz piara,
y Francisco de Acorso¹¹; y si protervos
tales quisieras ver, tu vista hallara

á aquel á quien el Siervo de los siervos
mudó del Arno al Baquillón¹², en donde
al fin soltó los maltendidos niervos.

De otros diría aún: mas no responde
el tiempo á mi querer, y he percibido
que entre humo nuevo el arenal se esconde.

Viene grey con quien ir no me es debido:
te encargo mi Tesoro¹³: todavía
viviendo estoy en él; no más te pido.—

Y aquí volvióse; y rápido corría
como los que en Verona el palio verde¹⁴
se disputan; y de ellos parecía
el que vence en la lidia, no el que pierde.

CANTO XVI

Junto al término del tercer compartimiento del cerco séptimo, donde ya oía el Poeta el ruido de Flegeton precipitándose al octavo, se encuentra con otra banda de almas sucias del vicio de antes indicado. Se apartan de ella tres, dirigiéndose á DANTE, y son de ilustrísimos conciudadanos suyos, y le entretienen hablándole de Florencia, hasta que llegan al pie del alto brocal; y allí, á una señal de Virgilio, se asoma un extraño monstruo, que ha subido nadando por el aire.

Era ya do el rimbombo se oye bravo
(como el que hace un enjambre en su colmena)
del agua que caía al cerco octavo,

cuando tres sombras juntas, por la arena
miro, huyendo de un grupo que pasaba
bajo el llover de la abrasante pena.

Vienen á nos; y cada cual gritaba:
—Para, tú de cuyo hábito presiento
que alguien serás de nuestra tierra prava.—

¡Ay cuánto sulco en su semblante cuento,
antiguo y nuevo por la llama inciso!
Piedad aun hoy al recordarlo siento.

Mi doctor á sus gritos parar quiso,
y volviéndose á mí, dijo:—Detente:
ser atento con éstos es preciso;

y si no fuera por la lluvia ardiente
que asaeta aquel suelo, te diría
que más te toca á ti ser complaciente.—

Paramos, y el son mismo repetía
su voz; y cuando á nos fueron llegados,
hicieron de sí rueda que corría¹.

Y cual suelen, desnudos ya y untados,
antes de dar y asirse, los atletas
atisbar do se arrojen no esperados,

así, girando todos tres, inquietas
su frente nos volvían; con que opuestos
los pies caminan á las caras prietas.

Y uno empezó:—Si á tu desdén expuestos
son nuestros ruegos, por el sitio horrible
y por los rostros denegridos estos,

nuestra fama tu pecho haga sensible,
y quién eres nos di, que así atropella
tu planta viva la región terrible.

Este de quien me ves pisar la huella,
hoy desnudo y la frente así ultrajada,
clara más que imaginas tuvo estrella.

Nieto de la bondosa y fiel Gualdrada²,
llamóse Guido Guerra, y en la vida
hizo asaz con la mente y con la espada.

El que tras mí la arena deja hundida,
es Tejazo Aldobrandi³, á cuyo nome
ser debiera la tierra agradecida.

Y yo, á quien Dios con ellos castigóme,
soy Yago Rusticucio⁴, aquí bajado
por la feroz mujer que el cielo dióme. —

Yo me hubiera á los tres de lo alto echado,
si algo de la ímpia lluvia me cubriera;
que no lo habría mi rector negado.

Mas temor de que el fuego me cociera,
venció la voluntad, que con anhelo
á estrecharlos al pecho me moviera.

Y exclamé luego:—No desdén, mas duelo
vuestra clase y dolor de mí recaba,
que largo hará mi inmenso desconsuelo;

así que en las palabras que soltaba
este mi guía fiel, por cierto tuve
que gente cual vosotros se acercaba.

De vuestra tierra soy, y siempre anduve
de vuestros claros nombres orgulloso,
y vuestras glorias escuché y retuve.

Que yo deje esta hiel por fruto hermoso
quiere, después que al fondo me introduzca
(cual me ofreció), mi guía no engañoso.—

Y él dijo:—Así tu espíritu conduzca
largos días tus miembros por la tierra
y tu fama después brillante luzca;

que digas si, cual antes, aun encierra
nuestra ciudad valor y cortesía,
ó si ya para siempre los destierra.

Que Guillermo Borsier⁵, que en compañía
va nuestra ha poco tiempo, nos aflige
con sus relatos, frescos todavía.—

—La gente nueva que á Florencia rige
hizo nacer con la ganancia presta
la desmesura y la altivez (les dije).—

Y alcé entonces la frente; y por respuesta
ellos que oyeron esto, se miraron,
como el que á gran verdad asenso presta.

—Si otras veces tus labios encontraron
tan fácil vado á la demanda extraña
¡venturoso de ti! (los tres clamaron).

Y si á salir de la infernal campaña
llegas, cuando decir quieras: *yo estuve*,
y veas que la luz tu frente baña,

habla de nos, y nuestras penas sube.—
Rompen la rueda aquí, y en su carrera
por alas sus veloces plantas tuve,

Y antes de que un *amén* sonar pudiera,
de nuestra vista el grupo era eclipsado.
Mi guía, en tanto, para andar no espera.

Y yo le sigo, y poco se ha avanzado,
cuando ya el son del agua es tan vecino,
que apenas nuestro hablar fuera escuchado.

Como el río que tiene su camino
propio del monte Veso⁶, hacia Levante,
por el izquierdo flanco de Apenino;

y á su lecho del val baja bramante,
y Agua-quieta se llama antes del salto
y en Forli nombre tal deja vacante;

que de San Benedicto ruge en lo alto,
y á regar baja un suelo, que podría
á miles alimento dar no falto⁷;

así desde una roca descendía
tronante esa agua negra despeñada,
tan fuerte que mi oreja ensordecía.

Yo alrededor de mí llevaba atada
cuerda con que pensaba algunas veces
coger la tigre de la piel pintada⁸.

Y así que toda la solté, á las preces
la entregué de mi guía obedeciendo,⁹
en rollo recogida y por dobleces.

Y él su derecho brazo atrás tendiendo,
y apartándose un tanto de la orilla,
la arrojó dentro del abismo horrendo.

Y entre mí dije yo:—Pues así brilla
el ojo del maestro en fija espera,
nueva y rara se apresta maravilla.

¡Cielos, qué cauto el hombre ser debiera
con quien de nuestro interno se hace dueño,
sin fijarse de sobra en lo de fuera!—

—Ora aquí lo que aguardo con empeño
verás subir (prorrumpe mi pareja)
y lo que vió tu pensamiento en sueño.—

Á verdad que á mentira se asemeja
siempre cerrar el labio debe el hombre,
pues, sin culpa, deshonra le aparece⁹.

Mas que yo no la calle no te asombre;
y por esta Comedia¹⁰ ¡oh lector! juro,
y porque dure grato su renombre,

que vi por entre el aire craso, obscuro,
venir nadando arriba una figura
que diera espanto al corazón más duro.

Iba cual nauta que en subir se apura
después que la enredada ancla desprende
de entre la oculta sirte ó roca dura,
que los pies junta y con los brazos hiende.

CANTO XVII

Mientras el maestro se entretiene con Gerión, monstruo cuya figura se describe, para disponerle á que se preste á bajarlos al fondo, DANTE se aparta para ir solo á visitar á los violentos contra el arte, que están sentados junto al gran bártro y bajo la lluvia de fuego. Le cuelga á cada uno del cuello una bolsa de ciertos blasones y color, por la cual puede el Poeta conocer á algunos. Vuelve luego á Virgilio, á quien ya encuentra acomodado en la espalda de Gerión. Sube él también, y bajan al cerco octavo.

—He aquí la fiera de la aguda cola,
que pasa montes, rompe armas y muros,
la que la tierra entera infesta sola.—

Así empezó mi guía sus conjuros,
y la hizo de venir seña imperante
al pretil por do andábamos seguros.

Y esa imagen del fraude repugnante
se vino, y acercó su frente y seno:
mas la cola guardó siempre distante.

Era su rostro de hombre justo y bueno,
y suave en lo de afuera aparecía:
lo bajo era de sierpe con veneno.

Del sobaco peluda le nacía
garra, y el pecho y lomo y los costados,
pintos de jeroglíficos tenía.

Nunca por turco y tártaro bordados
fueron trajes tan varios en colores,
ni paños por Aracne¹ matizados.

Como á veces los barcos pescadores
que parte en agua están, y parte en tierra,
ó allá, do son tudescos tragadores²;

como el castor se apresta á hacer su guerra³,
así la fiera abominable estaba
sobre el pretil que las arenas cierra.

Su cola en el espacio serpenteaba,
la venenosa horquilla revolviendo,
que á guisa de escorpión la punta armaba.

—Conviere (dijo el guía) irnos torciendo
de nuestra senda, en busca del insano
que espera allí acostado, monstruo horrendo.—

Por eso echamos hacia el fin del llano,
y por bien evitar las llamas, dimos
diez pasos más á la derecha mano.

Y cuando cerca de la bestia fuimos,
un poco más allá, sobre la arena,
gente sentada y junto al borde vimos.

Y aquí el maestro:—Porque alcances plena
noticia de este cerco y de su suerte,
ve (me dijo) y observa bien su pena.

Y que allí debes ser conciso advierte
mientras vuelvo; que á aquélla voy á hablarle,
porque auxilio nos dé su espalda fuerte.—

Así, solo del todo, hube de andarle
lo más alto á aquel cerco todavía,
para esa gente triste visitarle.

El dolor fuera al rostro les salía,
y aquí y allí su diestra á lo candente
del suelo ó de los copos acudía.

Así hace el can en la estación ardiente
con la pata ú hocico, al atropello
de pulga, ó mosca, ó tábano insistente.

Y rostros varios registré, que el sello
del fuego doloroso destrozaba,
y á nadie conocí: más vi que al cuello

una escarcela á todos les colgaba⁴,
con cierto signo, y de color variante,
y que en ella su vista se extasiaba.

Y como entre esos iba curioseante,
vide en bolsa amarilla algo azulado⁵
que había de león forma y talante.

Y prosiguiendo luego en mi cuidado,
otra vi de color de sangre pura,
do se ostentaba un ánade nevado⁶.

Y uno de blanca bolsa, en que figura
pañada puerca azul, vi destacarse⁷:
—¿Qué haces (diciendo) en esta valle obscura?

Vete; y el que así vivo osa mostrarse,
sepa que mi vecino Vitaliano⁸
aquí á mi izquierdo lado ha de sentarse.

Yo entre esos florentinos soy paduano⁹,
y en mi oreja cien veces multiplico
su gritar: ¡Venga el héroe soberano!

Él la bolsa traerá del triple pico¹⁰.—
Y el labio tuerce aquí, la lengua saca,
como hace el buey que lámesse el hocico.

Y yo, temiendo la paciencia flaca
del que á partir me amonestó severo,
á los tristes dejé que el fuego ataca.

Y á mi guía encontré, ya caballero
junto á la cola de la bestia odiosa;
y me dijo:—Ora sé fuerte y ligero.

Escala es esta al descender forzosa.
Monta delante: yo á la grupa insana
voy, por mor de la punta venenosa.—

Como el que ve venirle la cuartana,
y ya, blancas las uñas, tiembla inerte
sólo al pensar de la fridez cercana,

yo sentíme, al oírle, de esa suerte:
mas del rubor me llena la amenaza
con que hace el buen señor al siervo fuerte.

Y siéntome en aquella ancha espaldaza;
y decir quiero (mas la voz no viene):
dame favor, y contra ti me abraza.

Y el que en mí sus cuidados siempre tiene,
de lo que tanto arriba me dió pruebas,
des que monté me ciñe y me sostiene;

y dice:—Tiempo es ya de que te muevas,
Gerión: ancho giro, bajar suave:
piensa en la nueva carga que ora llevas. —

Cual de estrecho lugar sale la nave,
la fiera, reculando, va saliendo;
y así que en juego colocarse sabe,

do el pecho fué, la cola va volviendo;
y cual anguila muévase extendida,
con las garras el aire sacudiendo.

Más pavura no pienso fué sentida,
ni cuando Faetón perdió las riendas,
y dejó cual es hoy la esfera ardida¹¹;

ni cuando Icaro triste las delendas
plumas soltó, sus ceras liquidadas,
gritándole su padre: *malas sendas*,

que la que yo sentí, cuando lanzada
por los aires, mi vista sólo cuenta
ya á la fiera y á mí sobre la nada.

Ella se va nadando lenta, lenta;
circula, y baja; y yo lo voy sintiendo
sólo en el aire que la faz me avienta.

Y á la diestra, al oír ya el eco horrendo
del torrente bramando en son esquivo,
bajo los ojos, la cabeza extendiendo,

y el riesgo entonces en su horror concibo;
porque lloros oí, vi llama ardiente;
y todo me encogí temblando vivo.

Luego, lo que antes no, sentí patente
del bajar y el girar; porque me ataja
clamor de varias partes diferente.

Como halcón que en el aire asaz trabaja,
y sin presa ni aviso del señuelo,
le hace al cuida gritar: *¡aymé, ya baja!*

y descende sin fuerzas desde el cielo
que antes ágil sulcaba, y va, apartado
del maestro, á posarse mustio al suelo,

así en el fondo Gerión, al lado
se posó del pretil y roca escueta;
y, de nuestras personas descargado,
partió cual de la cuerda la saeta.